

X

La prisión en Sauveterre está en el castillo situado en la parte más alta de la vieja ciudad, en medio de un barrio pobre y casi desierto.

Muy importante en otro tiempo, el castillo de Sauveterre había sido desmantelado durante el sitio de la Rochela, no quedando ya sino unos restos malamente restaurados, terraplenes cuyos fosos han sido cegados, una puerta con un campanario encima, una capilla convertida en almacén militar, en fin, dos torres macizas unidas por un inmenso edificio cuya parte baja está abovedada.

Nada más triste que aquellas ruinas, rodeadas de una pared tapizada de yedra; jamás se sospecharía á los que estaban destinadas sin el soldado que noche y día hace en la puerta de entrada su monótona guardia.

Seculares olmos sombrean los inmensos patios, y sobre las plataformas y en las grietas de las paredes florecen las madreselvas y lilas en suficiente cantidad para causar la alegría de cien prisioneros.

Pero los prisioneros faltan en esa poética prisión.

—Es una jaula sin pájaros, solía decir el carcelero con tono melancólico.

Se aprovechaba para cultivar legumbres á lo largo de los jardincitos, y la posición era tan buena, que siempre fué el primero en Sauveterre que cosechaba chícharos.

Se aprovechó también—con consentimiento de la autoridad—para formarse en una de las torres un bonito alojamiento, que se componía de dos piezas en el piso bajo y de una recámara en el piso superior á donde se subía por una estrecha escalera practicada en el espesor de la pared.

Fué á esa recámara á donde el carcelero, con la prontitud del miedo, hizo entrar á la señorita Dionisia.

La pobre joven sofocada, sintiendo que su corazón latía violentamente dentro del pecho, á penas entró se dejó caer en una silla...

—¡Santo Dios! exclamó la carcelera, ¿os encontráis, pues, mal, mi querida señorita?...

Esperadad, voy á bajar para traer os vinagre..

—Es inútil, dijo la señorita Dionisia con débil voz; quedaos aquí cerca de mí, mi buena Coleta, quedaos!...

Fuerte y robusta comadre de cuarenta y cinco años, morena como el pan bazo, con un espeso vello negro sobre el lábio superior, la Blangin se llamaba Coleta.

—Pobre señorita, replicó, os parece chistoso el encontraros aquí...

—Sí, muy chistoso, ciertamente. ¿Pero dónde está vuestro marido?

—Abajo, haciendo la guardia, señorita. No tardará en subir.

Muy pronto, en efecto, se escucharon fuertes pisadas en la escalera, y Blangin apareció pálido y con la mirada turbada como un hombre que acaba de correr un gran peligro.

—Ni visto ni conocido, dijo, nadie sospecha nada. Solo temía á ese malvado del centinela; pero en el momento en que la señorita llegaba, conseguí llevarlo detrás de la pared ofreciéndole un traguito. Comienzo á creer que no perderé mi empleo.

La señorita Dionisia comprendió que aquella frase no era más que un plan.

—¡Y qué importa vuestro empleo! dijo afectando una alegría que estaba muy lejos de sentir; puesto que es un asunto convenido el que os asegure una cosa mejor....

Y abriendo su saco, colocó sobre la mesa los rollos que contenía.

—¡Ah, es oro! dijo Blangin con la mirada deslumbrada.

—Sí. Cada uno de esos rollos contiene mil francos, y son diez y seis....

Una tentación irresistible contrajo las mejillas del carcelero.

—¿Se puede ver? preguntó.

—Ciertamente, respondió la joven, verificadlo....

Ella se equivocó.

¡Blangin no pensaba en verificarlo verdaderamente!

Lo que quería, era recrear su vista con el oro, escuchar su sonido, tenerlo en las manos.

Con un gesto ardoroso, desgarró las envolturas y se puso á hacer caer las monedas en cascadas sobre la mesa, y á medida que crecía el montón palidecían sus labios y brotaba como perlas el sudor de sus sienes.

—¡Todo eso es mío!.... dijo con risa estúpida.

—Sí, es vuestro, respondió la señorita Dionisia.

—No me figuraba el bulto que pudiera hacer la suma de diez y seis mil francos. ¡Qué hermoso es el oro! ¡Míralo, pues, mi buena mujer! Pero la carcelera volvió la cabeza.

Estaba tan ávida como su marido y más conmovida que él, pero al fin era mujer y sabía disimular.

—¡ Ah, querida señorita! replicó la carcelera; jamás mi marido ni yo hubiéramos pedido dinero por haceros un servicio, si sólo tuviéramos que pensar en nosotros. ¡ Pero tenemos hijos! . . .

—Vuestro deber es preocuparos de vuestros hijos, dijo la señorita Dionisia.

—Sé bien que diez y seis mil francos es una fuerte cantidad. . . . La señorita siente tal vez el darnos tanto dinero. . . .

—Lo siento bien poco, interrumpió la joven, con la mejor voluntad agregaré todavía algo más.

Y mostró cuatro rollos que le quedaban todavía en el saco.

—¡ Entonces, en efecto, al diablo el empleo... exclamó Blangin.

Y embriagado por la vista y el contacto del oro:

—Estáis en vuestra casa, señorita, y el carcelero y su mujer están á vuestras órdenes. ¿Qué deseáis? Hablad. Tengo nueve prisioneros, sin contar al señor de Boiscoran y á Chemi net. ¿Queréis que los ponga en libertad? . . .

¡ Blangin! . . . dijo severamente su mujer.

—¡ Cómo! . . . ¿No soy dueño de soltar á los prisioneros?

—Antes de hacer alarde de vanidad, procura hacer á la señorita el servicio que está esperando de tí.

—Es justo.

—Entonces, insistió la prudente carcelera, oculta ese dinero que nos traiciona.

Y sacando del armario una media de lana, se la dió á su marido que deslizó en ella los diez y seis mil francos, menos una docena de monedas que guardó en su bolsa para tener á la mano una prueba material de su nueva fortuna.

Y después de hacer aquello, cuando la media estuvo completamente llena, la guardó en el fondo del armario debajo de un montón de sábanas.

—Ahora bajemos, ordenó la carcelera á su marido. Todavía pueden venir, y si no vas á abrir cuando llamen, entrarán en sospechas. . .

Como esposos bien avenidos, Blangin obedeció sin replicar, y entonces la carcelera se propuso distraer á la señorita Dionisia.

Esperaba con fundamento, decía, que su querida señorita le haría el honor de aceptar alguna cosa.

Aquello la sostendría, y por otra parte le ayudaría á pasar el tiempo, porque á peñas

eran las siete y hasta después de las diez no podía conducirla Blangin sin peligro á la celda del señor de Boiscoran.

—Pero he comido, objetó la señorita Dionisia, nada necesito.

La carcelera insistió más y más. Recordaba bien, gracias á Dios, los gustos de su querida señorita; por lo mismo le habia preparado un caldo exquisito y una crema incomparable.

Y hablando de ese modo, se dirigió á la mesa, con la idea de que aun á riesgo de una indisposicion, la señorita Dionisia debia comer cumpliendo así con una de las tradiciones de Saintonge.

Al menos la fastidiosa solicitud de aquella mujer, tuvo la ventaja de impedir que la señorita Dionisia se entregara á sus dolorosas pensamientos.

La noche habia llegado.

Sonaron las nueve y después las diez.

En seguida se escucharon los pasos de la ronda que iba á relevar á los centinelas.

Un cuarto de hora después reapareció Blangin llevando una linterna en una mano y un gran manojo de llaves en la otra.

—He mandado á Cheminot que se acueste, dijo, la señorita puede venir.

La señorita Dionisia ya estaba de pie.

—Vamos, dijo sencillamente.

Y siguiendo al carcelero, atravesó interminables corredores, después una inmensa sala abovedada, donde se podían escuchar los pasos como en una iglesia, luego una larga galería ...

Al fin, mostrando una puerta maciza, cuyas hendiduras dejaban penetrar algunos rayos de luz. ...

—¡Aquí es! dijo Blangin.

Pero la señorita Dionisia lo tomó de un brazo, y con voz apenas perceptible:

—Esperad un momento, dijo.

Era porque se encontraba próxima á sucumbir por tantas emociones sucesivas.

Era porque sentía que sus piernas flaqueaban.

Solo su espíritu conservaba siempre una admirable energía, pero la materia escapaba á su voluntad y le faltaba hasta cierto punto....

—¿Os sentís indispuesta, señorita? preguntó el carcelero. ¿Qué tenéis?

Ella le pidió á Dios que le diera valor y fuerzas.

Concluido su ruego:

—Entremos, dijo.

Y con un gran ruido de llaves y cerrojos, Blangin abrió la puerta del señor Santiago de Boiscorán.

Ya no eran los días, sino las horas, las que

contaba Santiago de Boiscorán, desde que estaba preso é incomunicado.

Habia sido inscrito en el registro de la cárcel la mañana del viernes 23 de Junio, y era ya la noche del miércoles 28.

Llevaba, pues, ciento treinta y dos horas en las que, según la expresión de Ayrault, había estado "viviendo apartado del mundo de los vivos y encerrado en la tumba."

Así es que cada una de aquellas ciento treinta y dos horas había dejado sobre su frente la huella de un mes.

Viéndole pálido y enflaquecido, con el cabello y la barba en desorden, con los ojos brillantes por la fiebre como carbones mal apagados, á penas se reconocería al dichoso y satisfecho castellano de Boiscorán, ese Benjamín del destino á quien todo había sonreído, altivo y excéptico joven, que desde lo alto de su pasado desafiaba el porvenir.

Es que todos los suplicios imaginados por las sociedades obligadas á defenderse, no son tan espantosos como "la incomunicación." Nada como ella enerva tan prontamente la energía, desarticula la voluntad y abate las más indomables organizaciones.

Es que no hay una lucha más conmovedora que la que se formaliza entre un detenido, inocente ó culpable, y un juez inexorable ó ele-

mente; donde se ve un hombre sin defensa, debatirse contra otro armado de un poder discrecional.

Si los grandes dolores no tuvieran su pudor, la señorita Dionisia se habria informado de Santiago.

Nada le era más fácil.

Y si se hubiera informado, habria sabido por Blangin que cuidaba y espiaba al señor de Boiscorán, y por la carcelera que preparaba su comida, por qué fases habia pasado desde su arresto.

Aniquilado en el primer momento, no tardó en reponerse; el viernes y sábado se mostró tranquilo y lleno de confianza, platicador y casi alegre.

El domingo le habia sido fatal.

Conducido á Boiscorán entre dos gendarmes para que se levantaran los sellos en su presencia, habia sido en el trayecto del camino, colmado de injurias y maldiciones por las gentes que lo habian reconocido, y regreso mortalmente triste.

Durante toda la mañana del lunes, habia sido torturado por el juez de instrucción, y después de seis horas de interrogatorio, cuando le llevaron la comida, dijo que su salud no resistiria y que valdria más que lo matasen en el acto.

El martes había recibido la carta de la señorita Dionisia, y la contestó.

Aquello había sido motivo de una extrema agitación, y durante una parte de la noche, Frumencio Cheminot lo había visto pasearse en la celda con los gestos é imprecaciones incoherentes de un loco.

Esperaba una palabra para el miércoles.

Esa palabra no había llegado, y cayó en un glacial entorpecimiento, del que no pudo sacarlo el señor Galpin-Daveline.

No había tomado en todo el día más que una taza de caldo y un poco de café.

A la salida del juez se sentó, apoyando los codos en la mesa, en frente de la ventana, permaneciendo inmóvil como una estatua, con la boca entreabierta, la mirada extraviada y tan profundamente sumergido en sus recuerdos, que no se movió cuando le subieron la luz.

Continuaba en la misma actitud, cuando un poco después de las diez oyó correr los cerrojos de su puerta.

Ya había tenido tiempo en la prisión para conocer las costumbres.

Sabía á qué horas le llevaban la comida, en qué momento iba Cheminot á arregarle la celda y cuándo debía esperar que se presentara el juez de instrucción.

Llegada la noche, se pert enecía hasta el día siguiente.

De consiguiente, una visita tan á deshoras anunciaba indudablemente un acontecimiento insólito—la libertad tal vez, esa visita que imploran todos los prisioneros.

Santiago se levantó.

Y cuando distinguió en la sombra la ruda fi sonomía de Blagin:

—¿Qué es lo que me quieren? preguntó vivamente.

Blagin saludó.

Era un carcelero muy cortés.

—Señor, respondió, os traigo á una persona. . . .

Y haciéndose á un lado, dejó el paso libre á la señorita Dionisia, ó mejor dicho, la impulsó hacia el centro de la pieza, porque tal parecía como que había perdido la facultad de moverse.

—¡Una persona. repitió el señor de Boiscoran.

Habiendo levantado el carcelero su linterna, el desgraciado pudo reconocer á su prometida.

—Vos aquí! exclamó.

Y se echó hacia atrás, temblando de ser víctima de su sueño, de ser el juguete de una de esas espantosas alucinaciones que preceden

á la locura y que se apoderan de los cerebros enfermos como las lechuzas en medio de las ruinas.

—Dionisia! murmuraba todavía! Dionisia!

Como se trataba, no de su vida, en la que no pensaba, sino en la de Santiago, la pobre joven no podía articular una sola palabra, tal era la emoción que estrechaba su garganta y contraía sus labios.

El carcelero se apresuró á responder por la joven.

—Sí, agregó, la señorita de Chandoré. . . .

—A esta hora en una prisión!

—Tenía alguna cosa importante que comunicaros, y por eso ha venido á buscaros. . . .

—Oh Dionisia, incomparable amiga! balbuceó Santiago.

—He consentido, prosiguió Blangin con tono paternal, en introducirla secretamente.

¡Es una gran falta la que he cometido, y si llega á saberse! ¡Pero se puede ser un buen carcelero y tener corazón como todo el mundo! . . . Si digo esto al señor, es porque la señorita podía olvidar el preveniros. . . Si el secreto no fuera bien guardado, perdería mi empleo, y soy un pobre hombre que tiene mujer é hijos. . . .

—¡Sois el mejor de los hombres! exclamó el señor de Boiscoran, bien lejos de supo-

ner el precio de la sensibilidad de Blangin, y el día en que me encuentre libre, os probaré que no habeis servido á ingratos! . . .

—Estoy á vuestras órdenes, señor, dijo modestamente el carcelero.

Pero poco á poco la señorita Dionisia recobró la posesión de sí misma.

—Dejadnos, amigo mío, dijo dulcemente á Blangin.

Y luego que se hubo retirado, sin dejar al señor de Boiscoran el tiempo de pronunciar una palabra:

—Santiago, murmuró, mi abuelo me ha dicho que viniendo á veros, sola, en secreto y de noche, me expongo á que disminuya vuestro afecto y estimación. . . .

—¡Ah! . . . no lo habeis creído, ¿verdad?

—Mi abuelo tiene más experiencia que yo, Santiago. . . Sin embargo, no he vacilado y por eso me veis aquí; estoy dispuesta todavía á arriesgar otros peligros, porque se trata de vuestro honor, que es el mío, de vuestra vida, que es la mía, de nuestro porvenir, de nuestra dicha, de todas nuestras esperanzas aquí en la tierra! . . .

Una alegría delirante había comenzado á transfigurar el semblante del prisionero.

—¡Gran Dios! . . . exclamó, un momento co-

mo este, me recompensa muchos años de tortura. . . .

Pero la señorita Dionisia se había jurado al llegar á la prisión que nada le haría prescindir de su propósito,

—Invoco la memoria de mi madre, continuó Santiago, para convenceros de que jamás he dudado ni un segundo de vuestra inocencia....

El desgraciado hizo un gesto de desconsuelo.

—¡Vos! dijo; pero los otros, pero el señor de Chandoré. . . .

—Estaría aquí, si él os creyera culpable?... Mis tías y vuestra madre están también seguras de vos, como yo misma. . . .

—¿Y mi padre? no me habeis hablado de él en vuestra carta. . . .

—Vuestro padre se ha quedado en París para el caso de que tenga que hacer allí alguna cosa. . . .

Santiago de Biscoran movió la cabeza.

—Estoy preso en Sauveterre, murmuró, acusado de un crimen atroz, y mi padre se queda en París... ¡Entonces es verdad que no me ha amado!.... Siempre he sido un buen hijo, y hasta esta espantosa catástrofe, no ha tenido motivo para quejarse de mí.... No, mi padre no me quiere....

La señorita Dionisia no pudo dejarlo extrañarse así.

—¡Escuchadme, Santiago, interrumpió, escuchadme por lo que ariesgo con este modo de proceder tan grave y que tanto me cuesta!.... He venido en nombre de todos nuestros amigos, en el del señor Folgat, ese abogado de París que vuestra madre ha traído consigo y á quien no conocéis; también en nombre del señor Magloire, en quien tenéis tanta confianza.

Todos están de acuerdo. Habéis adoptado un plan espantoso. Os obstináis en callar y eso es correr voluntariamente al abismo. Escuchad bien lo que os digo: si esperáis para disculparos á que la instrucción sea terminada, estáis perdido. El día en que el Tribunal de Justicia tenga en su poder el proceso, es en vano el que habléis. Será ya demasiado tarde, é iréis, siendo inocente, á hacer aumentar la lista deplorable de los errores judiciales. . . .

Fué en silencio y con la frente inclinada hacia el suelo, como para ocultar su palidez, la manera con la cual Santiago de Boisacorán había escuchado á la señorita de Chandoré.

Y cuando ella se detuvo, palpitante:

—¡Ay de mí!.... murmuró, todo lo que acabáis de decir, me lo habia dicho yo mismo. . . .

—¡Y os habéis llamado!....

—Me he llamado.

—¡Ah!.... es que no sospecháis el peligro que corréis, Santiago, es que no sabéis....

El la interrumpió con un gesto y con voz sorda:

—Sé, pronunció, que es el cadalso lo que arriesgo.... ó el presidio.

La Srita. Dionisia estaba petrificada de horror.

¡Pobre joven!

Se habia imaginado que bastaba presentarse para triunfar de la obstinación del señor de Boiscorán, y que después de haberlo escuchado estaría tranquila. Pero en lugar de eso....

—¡Desgraciado!.... exclamó, esas espantosas ideas os han venido y persistiréis en guardar silencio!....

—Es preciso.

—Eso es imposible.... ¡No habéis reflexionado!

—¡Que no he reflexionado!.... replicó.

Y más bajo:

—¿Qué creéis, pues, que he hecho, después de ciento treinta horas mortales de estar solo en esta prisión, solo en frente de una acusación terrible y de las más espantosas eventualidades?....

—Hé ahí la desgracia, Santiago, habéis si-

do víctima de vuestra imaginación!.... ¡Quién en vuestro lugar no lo hubiera sido! El señor Folgat me lo decía todavía ayer: no hay hombre que después de cuatro días de incomunicación, conserve su sangre fría. El dolor y la soledad son malas consejeras. Santiago, volved en vos, escuchad á vuestros amigos más queridos que por medio de mi voz os transmiten sus consejos.... Santiago, vuestra Dionisia os conjura, hablad ...

—No puedo.

—¿Por qué?

Esperó algunos segundos, y como Santiago no respondía:

—El primero de los deberes, insistió no sin cierta sombra de pesadumbre, ¿no es, pues, cuando uno es inocente, hacer brillar esa inocencia?

Con un movimiento desesperado, el prisionero estrechó su frente con sus crispadas manos.

Inclinándose hacia la señorita Dionisia, tan cerca, que sentía su aliento en los cabellos:

—¡Y cuando no se puede, dijo, y cuando no se puede hacer brillar la inocencia!

La señorita Dionisia retrocedió pálida como si fuera á morir, bamboleándose hasta el punto de verse reducida á apoyarse en la pared, y fijando sobre Santiago de Boiscorán mi-



radas en las que aparecía todo el espanto de su alma:

—¡Qué decís, Dios mio! balbuceó.

El desgraciado reía, con esa risa siniestra que es la última expresión de un desesperado.

—He dicho, respondió, que hay circunstancias fatales que confunden la razón; coincidencias inauditas, que hacen dudar de sí mismo. He dicho que todo me acusa, que todo me oprime, que todo testimonio está en mi contra. He dicho además que si estuviera en el puesto del señor Galpi-Daveline, y él estuviera en el mio, procedería ciertamente como él!...

—¡Es la locura.... exclamó la señorita de Chandoré.

Pero Santiago de Boiscorán no la escuchó.

Todas las pesadumbres de los días pasados le subían á la garganta; se animaba; sus mejillas se coloreaban.

Y siempre con más viveza en jadeantes frases:

—¡Hacer brillar su inocencia!... prosiguió. ¡Ah! es bastante aconsejar. . . . ¿Pero cómo? . . . No, no soy culpable; pero un crimen se ha cometido y por ese crimen se necesita un culpable para la justicia! . . . Si no soy yo el que le ha tirado al señor de Claudieu-se, é incendiado á Valpinson, ¿quién ha sido, pues? . . . ¿En dónde estabais, me han dicho,

en el momento del atentado? . . . ¿Dónde estaba? . . . ¡Puedo acaso decirlo! . . . ¡Disculparme es acusar! . . . ¡Y si me equivoco! ¡Y si no equivocándome, soy incapaz de demostrar la realidad de mis acusadores! . . . ¿El asesino, el incendiario, no ha tomado acaso todas sus medidas para escapar del castigo y hacerlo caer sobre mi cabeza? . . . ¡Me lo habian advertido! . . . ¡Hay odios que meditan esas execrables venganzas! . . . ¡Ah! si uno supiera y pudiera prever! . . . ¡Cómo luchar! . . . Y yo, que el primer día me decía: «Una imputación semejante no será escuchada, es una nube que un soplo disipará!...» ¡Miserable loco! . . . ¡La nube se ha convertido en avalancha y puedo ser despedazado!... ¡No soy un niño ni un cobarde y he caminado siempre derecho hacia los fantasmas. . . He medido el peligro; ¡qué inmenso me parece!...

La señorita Dionisia se estremecía.

—¡Qué haremos! exclamó.

En esta vez, el señor de Boiscorán la escuchó y tuvo vergüenza de su debilidad. Pero antes de que pudiera dominar su turbación:

—¡Qué importan, replicó la joven, esas vanas consideraciones! . . . Sobre los cálculos más hábiles y los planes mejor combinados, está la verdad invencible é inmutable! . . .

Es preciso decir la verdad, Santiago, sin reserva, sin restricciones, sin vacilar! . . .

—¡Eso no es posible! murmuró el infortunado.

—¿Es acaso tan espantosa?

—Es inverosímil.

No sin susto lo consideraba la señorita Dionisia.

Ella no encontraba en él ni la expresion del semblante, ni su mirada, ni el timbre de su voz.

Se aproximó y tomó su mano entre las suyas, tan blancas como tan pequeñas:

—Pero á mí, dijo, á mí, que soy vuestra amiga, ¿podéis decirme esa verdad! . . .

Santiago sintió estremecerse, y retrocediendo:

—A vos menos que á otro. . . . respondió.

Y comprendiendo lo que la heriría aquella respuesta:

—Sois demasiado pura, agregó, para tan vergonzosas intrigas. . . . ¡No quiero que sobre vuestro traje de boda se arroje una mancha de ese inmundo lodo en que me han precipitado!

¿Se dejó engañar ella?

No, pero tuvo el valor de aparecer como si lo hubiera sido.

—Sea, prosiguió la señorita Dionisia; pero esa verdad será preciso que la digáis tarde ó temprano. . . .

—¡Sí, al señor Magloire! . . .

—¡Y bien! . . . Santiago, lo que le habéis de decir, escribídselo; aquí hay plumas y tinta, seré fiel portadora de esa carta. . . .

—¡Hay cosas que no pueden escribirse, Dionisia! . . .

Se sintió vencida, comprendiendo que no dominaría aquella glacial voluntad, y sin embargo:

—¡Pero si os suplicara, Santiago, replicó, en nombre de nuestro pasado y de nuestro porvenir, en nombre de ese amor único y eterno que me habéis jurado? . . .

—¿Queréis, pues, interrumpió, hacer todavía mil veces más atroces mis horas de prisión? . . . ¿Queréis quitarme lo que todavía me queda de fuerza y de valor? . . . ¡Ya no tenéis en mí ninguna confianza! . . . No queréis tener crédito en mí durante algunos dias.

Se detuvo.

Llamaron á la puerta, y casi al momento:

—El tiempo corre, exclamó Blangin por el postigo; quiero estar abajo cuando se releven á los centinelas. Corro un gran peligro. . . . Soy un pobre padre de familia. . . .

—Alejaos, Dionisia, dijo vivamente Santiago, alejaos. . . . El pensamiento de que pudieran tal vez sorprenderos aquí, me horripaliza.

Apesar del peligro que corría de ser sorprendida, la señorita de Chandoré habría pagado por saberlo. Sin embargo, no resistió. . .

Presentó su frente á Santiago, que imprimió en ella un beso, y más muerta que viva, deteniéndose contra las paredes, volvió á la recamarita del carcelero.

Le habian preparado una cama, en donde se arrojó sin desvestirse, permaneciendo allí inmóvil, como si no tuviera vida, sumerjida en un desfallecimiento que le quitaba hasta la facultad de sufrir. . . .

Serían las ocho de la mañana, cuando sintió que la tomaban de un brazo.

—Querida señorita, le decía la carcelera, el momento sería muy propicio para que os retirarais. . . . Se admirarán tal vez de veros sola en las calles; pero dirán que regresáis de la misa de siete. . . .

Sin decir una palabra, la señorita Dionisia se levantó de la cama, y con una vuelta de mano reparó el desorden de su *toilette*.

Después, Blangin, que venía inquieto para ver si se decidía á salir:

—Tomad, le dijo ella dándole un rollo de á mil francos que quedaba en su saco; esto es para que os acordéis de mí, si tengo que volver á necesitaros. . . .

Y dejando caer el velo sobre su rostro, salió. . . .